



MIGUEL SOLER

decirse por esto que la compañía de Apolo resulte incompleta.

Una compañía en la que figuran tipos de tanto mérito como Joaquina Pino, Isabel Brú, Carmen Calvó, Teresa Calvó, amén de otras muchas de categoría inferior pero de excelentes condiciones, una característica como Pilar Vidal, que tiene convencido al público hace mucho tiempo, y un cuadro de actores como el que forman en primer término José Mesejo, Bonifacio Pinedo y Emilio Orejón, y en segundo otros apreciables artistas, es en

creemos que lo haya pensado, á todos los que en la compañía se echan de menos.

Si ver á Orejón en los papeles de Carreras podía constituir un atractivo para el público, no por esto había de dejar de sentir éste la falta de los otros artistas.

Admitamos, y no es poco admitir, que con Orejón quedaba bien sustituido Carreras en concepto del público, pero ¿no había de acordarse de los que faltan?

Considerada la cuestión desde otro punto de vista muy distinto, no puede



JOSÉ MESEJO

era justo, y á justo lo que indudablemente erasobra.

Conforme se ofrece este año la compañía de Apolo, no escasearán seguramente en ella elementos para la representación de las más complicadas obras. Pero acaso el público, mal acostumbrado, aún comprendiéndolo así, no se resigna con la falta de algunos de los artistas que han sido suprimidos, y que seguramente eran de los que con más gusto iba á admirar en la escena de Apolo, en la cual habían sabido conquistarse un puesto preferente.

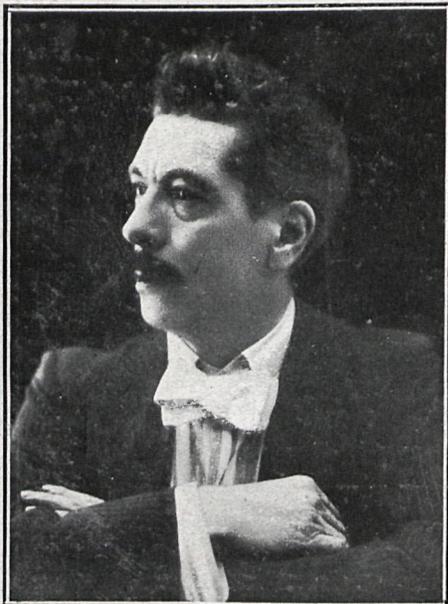


PILAR VIDAL

Fots. Esplugas, Borke, Company,
Candela y Cánovas

realidad una compañía completa.

Si al público le sabe á poco no será porque deba considerarse así; será porque la empresa, habiéndole acostumbrado á más, le ha dado derecho á exigencias que rebasan los límites de lo razonable. La culpa corresponde, pues, á los empresarios, que por espíritu de competencia llegan á extremos peligrosos, que tienen el grave inconveniente que cuando no se pueden sostener hacen que el público achaque á falta lo que en realidad



BONIFACIO PINEDO



EMILIO OREJÓN

JOSE SIGLER

LA penosa enfermedad que desde hace tiempo aquejaba al popular baritono de zarzuela José Sigler, tuvo funesto desenlace en la noche del domingo 20 del actual.

El día 22 recibió el cadáver cristiana sepultura en el cementerio de Santa María.

La traslación de los restos mortales del que fué distinguido artista, constituyó una verdadera manifestación de cariño.

Presidieron el duelo el capellán de la Asociación de Actores, D. Dionisio Alcañiz y los señores don José Mesejo y D. Miguel Soler. Numerosa representación de las distintas compañías que actúan en Madrid, literatos y músicos acompañaron el cadáver hasta el cementerio.

La Sociedad de Actores, y los teatros de la Zarzuela y Apolo, consagraron artísticas coronas á la memoria del difunto.

José Sigler, que se encontraba en la plenitud de sus facultades, no había cumplido aún cuarenta años y llevaba diecinueve consagrado á las tareas escénicas.

Antes de decidirse á dedicar al teatro sus actitudes, ganaba su vida como pianista, dando lecciones y tocando en un café.

Muy modestamente iba resolviendo el problema y seguramente no se hubiera aventurado nunca á abandonar su medio de vida por el teatro, si las reiteradas instancias de sus amigos no hubieran influido en su ánimo de modo más directo que su propia afición y su noble afán de gloria y de fortuna.

De carácter poco emprendedor, Sigler, no obstante la insistencia con que sus amigos le aconsejaban que se lanzase á la conquista de la escena dudó mucho antes de seguir el consejo, á pesar de que en las frecuentes ocasiones en que había dejado oír su voz extensa y bien timbrada, interpretando ante reducido auditorio trozos de zarzuelas, había obtenido verdaderos triunfos y había sido objeto de entusiastas plácemes.

Este feliz resultado decidióle al fin, y en la tem-

porada veraniega de 1884, hizo su debut como artista lírico en el teatro de Recoletos, situado en la calle de Olózaga.

El éxito logrado en aquella primera noche superó á las esperanzas que en él habían cifrado sus entusiastas admiradores y consejeros.

La voz de Sigler entusiasmó al público, poco acostumbrado á escuchar verdaderos cantantes en teatros del género chico, y la ovación con que el auditorio premió al artista, fué verdaderamente unánime y estruendosa.

Desde entonces el notable baritono, consagróse por entero á la escena, figurando en numerosas compañías, no solamente de género chico, sino también de zarzuela grande, en la que ocupó, dignamente los primeros puestos con gran aplauso.

Hasta la última temporada no ha permanecido ocioso el notable artista, pues las empresas se apresuraban á hacerle ventajosas proposiciones en cuanto tenían noticia de que se hallaba libre, ó había rescindido un contrato.

En casi todos los teatros de Madrid, y muy especialmente en los del Príncipe Alfonso, Maravillas, Felipe, Apolo, Esclava y la Zarzuela, trabajó con gran éxito, dejando grata memoria de sus campañas artísticas, lo mismo en las obras de repertorio que en las muchas en cuyos estrenos tomó parte muy principal.

Durante mucho tiempo, Sigler fué una de las primeras figuras del género lírico y su nombre constituyó el principal atractivo de los carteles, pues el público que gusta de oír cantar cuando de cantar debe tratarse, acudía preferentemente al teatro en que por lo menos se le ofrecía un artista de excelente voz, á cuyo lado, para no desentonar lamentablemente, era indispensable que hubiese algunos otros mejor dotados de tan hermosa facultad de lo que es costumbre en el género.

Descanse en paz el notable artista que conquistó por sus méritos tan envidiables triunfos.



ÚLTIMO RETRATO DE SIGLER

Fot. Nieto



VICENTE LLEÓ, AUTOR DE LA MÚSICA



GABRIEL MERINO, AUTOR DE LA LETRA



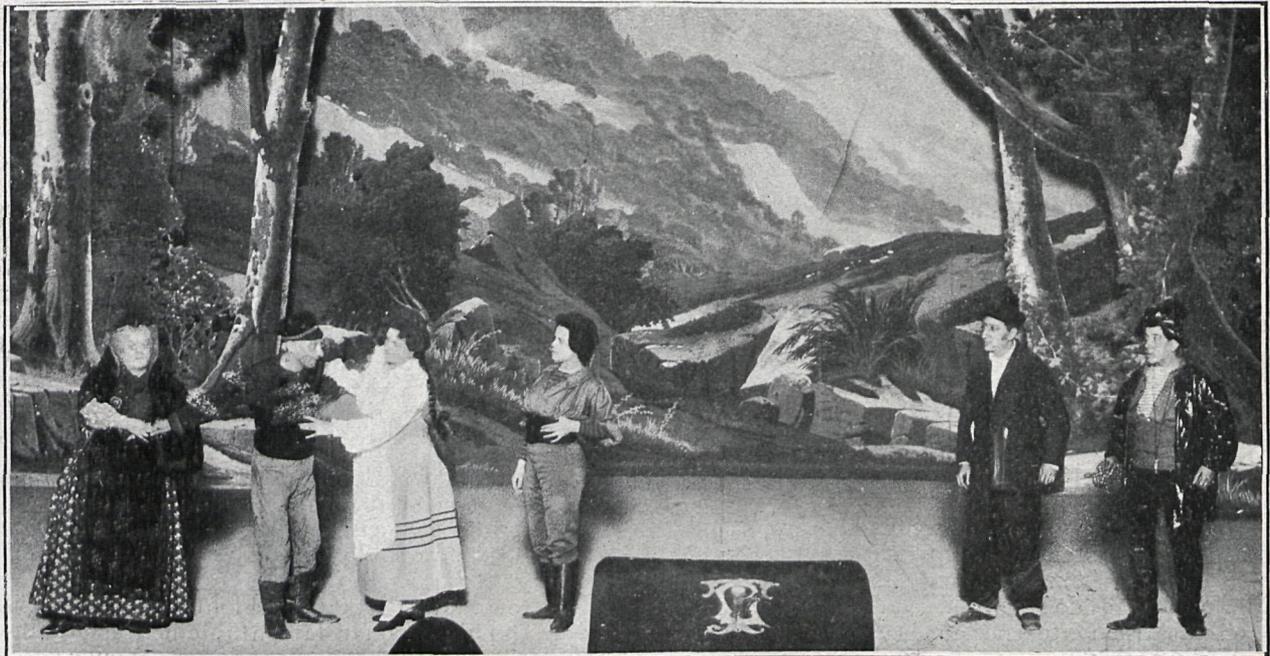
RAFAEL CALLEJA, AUTOR DE LA MÚSICA

LOS HIJOS DEL MAR

La zarzuela en un acto *Los hijos del Mar*, que puso remate á la serie de felices estrenos verificados en el Lírico durante la temporada de verano, y que con la compañía que actuaba en aquel teatro, reforzada con algunos elementos tan importantes como las Srtas. Lázaro Chaffer, de Pablo, etc., y los aplaudidos actores Valentín González y García Valero, ha pasado al escenario de Jovellanos, es una de esas obras que los secuaces del modernismo al uso denominan de corte antiguo, porque atendiendo en ella el autor al desarrollo de un asunto, más que á los chistes y á los efectos de brocha gorda, obedece á un plan meditado que va desenvolvién-

dose y en el que las situaciones y las frases ingeniosas, son lógica consecuencia del desarrollo de la acción, y no hijas del capricho del libretista.

No aseguraré yo que el argumento de *Los hijos del Mar* ofrezca una originalidad y un interés tan grandes que hagan digna la obra de ser tomada por modelo; pero sí que por sus condiciones literarias, por la hábil sencillez con que está llevado el asunto, por el sobrio y justo trazo de los tipos que en ella figuran y por la verosimilitud de las situaciones, ofrece un mérito muy superior al que real y efectivamente tienen muchas otras de las que han labrado la fama de algunos libretistas.



SEGUNDO CUADRO

MARTINA (Srta. González).—SR. ANDRÉS (Sr. Riquelme).—ESPERANZA (Srta. Velasco).—PABLO (Srta. Taberner)
ANSELMO (Sr. Tojedo).—BENITO (Sr. González)

A estas condiciones que el público había de apreciar en la debida proporción, debe la zarzuela el éxito alcanzado, no solamente en la noche de su estreno sino también en las sucesivas representaciones.

Desarróllase la acción en una aldea de la costa cantábrica.

El señor Andrés (Riquelme), es un viejo lobo de mar, que no obstante haber sufrido las penalidades y amarguras propias del que consagró toda su vida á las rudas y peligrosas faenas de la pesca, siente por el líquido elemento un cariño entrañable.

Cuanto más tiempo pasa y más alejado se ve de aquella existencia azarosa, más entristece y apesadumbra su ánimo la nostalgia del mar.

Un nieto del señor Andrés desapareció de la aldea en lejanos tiempos. El noble afán de correr mundo y hacer fortuna le impulsó á dejar á los suyos, pero no logró hacer que los olvidara.

El abuelo ha sabido del mozo; y aunque han transcurrido muchos años y en los últimos no han llegado noticias del ausente, lo espera confiando en que ha de verlo antes de morir.

Con el señor Andrés, además de su hermana Martina (Srta. González), vive la hermosa joven Esperanza (Srta. Velasco), que se crió con el nietecillo del marinerito, y en la que los años y la ausencia, lejos de amortiguar el cariño que le inspirara el mozo ha ido aumentándolo hasta convertirlo en amor entrañable.

Con la misma fe que el abuelo, espera la joven al ausente y ambos se consuelan de las penosas incertidumbres que el prolongado silencio les inspira, haciendo lisonjeros proyectos para el porvenir, proyectos fundados en el pronto regreso del marino.

Pero la joven Esperanza ha inspirado en la aldea una pasión enloquecedora.

Benito (Sr. González), el eterno joven predestinado, ha perdido el seso por la muchacha. A este efecto no ha dejado de contribuir los sabios consejos de su padre, un peatón cartero que cifra en la boda de Benito con Esperanza un porvenir risueño para los jóvenes y no exento de comodidades para él.

Pero Benito no es santo de la devoción de la muchacha, y mucho menos del señor Andrés, para el que los hombres de tierra adentro son indignos de emparentar con las hijas de los marinos.

Ambos se burlan de las pretensiones del mozo, el cual, decidido á hacerse acreedor del cariño de la muchacha y á la simpatía del señor Andrés, promete lanzarse á las fieras ondas, dispuesto á todo.

Preséntase de improviso en la aldea un joven marinerito, llamado Pablo (Srta. Taberner), amigo inseparable del mozo ausente, y del cual lo apartó un siniestro marítimo, sin que haya vuelto á tener noticia de su compañero.

La señora Martina, que lo escucha, oye de sus labios la relación de un combate naval en que Pablo quedó gravemente herido, y en el que teme que su camarada perdiera la vida.

La hermana del señor Andrés ruega al joven que no dé esta noticia al infeliz abuelo. Este, al salir y encontrarse con el joven, cree por las frases con que su hermana lo

presenta que es el nieto tanto tiempo esperado y como á tal lo recibe y lo agasaja y como á tal se lo presenta á su ahijada y á los aldeanos que acuden á felicitarle.

Esta usurpación de estado civil que involuntariamente comete el joven Pablo da ocasión á varias situaciones é incidentes cómicos.

Por no descubrir el enredo fraguado por Martina, Pablo se deja querer por Esperanza que no escasea sus caricias, aunque no deja de sorprenderse del poco entusiasmo con que su amante las recibe.

Benito, que dispuesto á las mayores heroicidades se presenta con su traje de hombre de mar, vese desagradablemente sorprendido por la presencia de Pablo, á quien, como todos los de la aldea, supone el nieto del señor Andrés.

¡Adiós esperanzas y sacrificios!

Pero el padre, que debe estar en el secreto, asegura que el tal joven no es el prometido de Esperanza y se propone someterlo á una prueba que ha de descubrir el enredo.

La prueba es una carta, que



SEGUNDO CUADRO.—ESCENA V.

ESPERANZA (Srta. Velasco). PABLO (Srta. Taberner).



BENITO (Sr. González).



BENITO (Sr. González).

hace llegar á manos del señor Andrés, carta que, en efecto, descubre la superchería.

Pablo explica el motivo de la suplantación que no puede menos de agradecerle el viejo, é inspirar simpatía á Esperanza.

Y como esperábamos desde el momento en que el joven explicó el motivo de su llegada á la aldea, olvidanse los vivos del muerto, y acatando la ley natural de la evolución, dispónense á cumplirla sin la menor protesta.

Pablo siente por Esperanza un afecto que no ha de tardar en convertirse en amor. Esperanza demuestra encontrarse dispuesta á corresponder á este sentimiento naciente, desmintiendo (¡mujer al

pre resultará doloroso adquirir una uueva prueba de lo mudables y poco duraderos que son en la realidad los afectos humanos.

* * *

No nos entristezcamos más de lo justo.

La música de *Los hijos del mar* es verdaderamente notable. Los maestros Calleja y Lleó dan con ella muestra muy elocuente de las condiciones que poseen para cultivar el arte serio.

Todos los números de la partitura están admirablemente contruidos y en ellos se revelan tan inspirados compositores como hábiles instrumentistas.



CUADRO TERCERO.—EL ZORCICO

fin!) el que parecía conservar como un culto en el santuario de su pecho, tan pronto como se cerciora de que de continuar fiel á aquel recuerdo, no obtendría la ansiada recompensa y aun el abuelo (deleznable condición humana!), parece que en el fondo de su pecho siente nacer de entre las cenizas de la esperanza que le sostuvo de abrazar á su nieto, aguardando tantos días y con tanta impaciencia, una nueva esperanza que no obstante cimentarse en la convicción de que no ha de volver á verle, le presta nueva vida y nuevos afanes.

El desenlace de la obra es triste, é inspira esta tristeza ver la humana resignación con que los personajes acogen los designios providenciales.

Es verdad que la filosofía se ha extendido mucho y ha logrado inverosímiles conquistas; pero siem-

Tiene además la música un marcado sabor local. Contribuye á este efecto la circunstancia de haber aprovechado los autores, con maestría que hace plausible su labor, motivos de aires populares montañeses.

El público, que aplaudió con entusiasmo toda la obra, escuchó con marcada complacencia los números de música y tributó á sus autores los plácemes mas entusiastas.

No sería justo dejar de consignar que al éxito feliz de *Los hijos del mar* contribuyeron los artistas encargados de la interpretación de la zarzuela.

Riquelme hizo una creación del papel del viejo marino. Se caracterizó muy bien y dijo con arte. Amparo Taberner cantó con exquisito gusto y declamó como una consumada actriz, escuchando mu-

chos aplausos en toda la obra, y especialmente después de recitar el romance en que se describe el combate naval. La señorita Velasco demostró una vez más que es una excelente tiple. Gonzalito, en su cómico papel, estuvo muy feliz y acertó á captarse la simpatía del auditorio desde los primeros momentos, y, por último, la señorita González y el señor Tojedo complotaron el conjunto con su esmerado trabajo.

Por el efecto que en el público produjo y continúa produciendo la obra, puede asegurarse que la tendencia á preferir este género de producciones teatrales, en que el asunto constituye el principal elemento, tendencia que se inició hace mucho tiempo, aumenta de día en día y va tomando un carácter definitivo.

Es lógico que suceda así, pues aun que la visualidad y otros sugestivos alicientes que ciertos autores han servido al público en sus obras durante mucho tiempo, parecían tener atractivos bastantes para llegar á constituir un género digno de la preferencia de sus numerosos partidarios, en realidad no podía ser considerado como otra cosa que como una distracción, tolerable no repetida con demasiada frecuencia, pero imposible de aguantar desde el momento en que se pretendió darle carta de naturaleza en el teatro y aun invadir con ella en absoluto el terreno que de derecho corresponde al verdadero arte.

La regeneración, pues, ha comenzada y ha comenzado bajo los mejores auspicios. Secunden la labor de los escritores á quienes se debe este bien cuantos reunan facultades para ello y quedarán desterradas de los escenarios esas quisicosas cuyo abuso ha constituido una plaga y ha contribuido tanto al desprestigio del género.

El público aplaudirá á los que sigan este camino que es el de la gloria y la fortuna.

Hé aquí para terminar un fragmento de la escena VIII en que Pablo describe el episodio histórico de la guerra del Pacífico, descripción que valió entusiastas aplausos á la señorita Taberner:

MARTINA Y PABLO

PAB. Perdi mi última esperanza...
¡qué lástima de mucha-
(cho.

MAR. ¿Cómo?



PABLO (Srta. Taberner).



SEGUNDO CUADRO

SR. ANDRES (Sr. Riquelme).—BENITO (Sr. González)

PAB. ¡Pobre compañero!
MAR. Hable usted, ¿qué le ha pasado?
PAB. A punto fijo lo ignoro,

pero el episodio trágico del día en que por desgracia tuvimos que separarnos me hace sospechar... en fin... que Dios le haya perdonado.

MAR. ¿El episodio? ¡Hable usted!...

PAB. Fué en un trance bien amargo; en un combate naval.

MAR. Jesús!

PAB. Escuche usted el caso:

En la marina mercante servimos algunos años, pero esto ofrecía poco porvenir, y así pensamos que un barco de guerra era el sitio más apropiado para poder demostrar nuestro belico entusiasmo. Fué todo cuestión de un día: á la sazón nos hallábamos en Chile, ardía la guerra contra el Perú, gestionamos nuestra admisión, que por cierto nos costó poco trabajo, y en la corbeta *Esmaralda* entramos de voluntarios.

No se me puede olvidar; era el veintiuno de Mayo, bloqueábamos á Iquique y de repente dos barcos peruanos de gran empuje, el *Húascar*, acorazado, y la fragata blindada *Independencia*, llegaron con la fuerza de un ciclón y la rapidez del rayo sobre nosotros... ¡El lío ya puede usted figurárselo! Voces, gritos, maniobras, juramentos, cañonazos... ¡En fin, señora, un concierto del que aún me estoy acordando! ¡Qué horror!

No, el horror fué luego.

MAR. ¿Cómo?

PAB. Porque al poco rato el *Húascar*, puso la proa, nos enfiló de costado y ¡zas! nos pasó por ojo en menos que canta un gallo.

El momento fué terrible.

—¡Al abordaje, muchachos!—gritó nuestro comandante al ver que se hundía el barco.

Y aquello fué... ¡el acabóse! Parece que aún veo el cuadro;

arriba, los elementos rugiendo desenfrenados, abajo, la lucha horrible cuerpo á cuerpo y brazo

(á brazo; la muerte por todas partes, ¡y la sangre salpicando con tintes rojos las olas revueltas del Océano!

MAR. ¡Jesús!

PAB. Yo me sentí herido, caí al mar ó me arrojaron, perdí el sentido... y en fin, que ya no tengo más datos. Desperté en el hospital y al preguntar me contaron

que el comandante murió, que se perdió nuestro barco y que yo me hallaba allí por verdadero milagro. Conque, ahora, dígame usted,

(ted, si al no ver aquí, á Leandro hay razón para decir «¡que Dios le haya perdonado!»

UNA PAGINA DE LA PARTITURA

DE

"Los hijos del mar."

Introducción $\text{no}^{\circ} 1$

Flautas 1^a 2^a

Obuylones

Clarinetos *en lib*

Fagot

Trompas *en fa*

Cornetinos *en fa*

Trombones 1^o 2^o

id 3^o

Arpa

Timpani

Tambor *en triángulo*

Bombo *pp*

Esperanza

Andrés

Triples

Tenore

Saxos

Violines 1^{os} 2^{os}

Violas

Violoncellos

Bassos

Andte

Apianando mucho

pp

R. Calvo

V. Pico

allargato

Madrid - Septe 5^a / 1903

Apianando mucho